

«ENSAYOS AL VIENTO»

De R. Serrano Súñer

Ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1969. 348 páginas.

RAMÓN Serrano Súñer, nacido en 1902, es una de las figuras políticas más destacadas del Estado del 18 de julio. Ministro del Interior en 1938, asume la cartera de Asuntos Exteriores en el crítico bienio de 1940 a 1942. La defensa de su gestión se encuentra en su libro "Entre Hendaia y Gibraltar" (1946) una obra muy difundida en varias lenguas y que constituye una fuente de primer orden para la historia de la España contemporánea. Ahora Serrano Súñer reúne en un volumen, bellamente prologado por Azorín, más de medio centenar de artículos escritos para la Prensa periódica a lo largo de dos decenios. No están clasificados por orden cronológico, pero tampoco de una manera rigurosamente temática. Aunque alguno de ellos entra en el terreno de la crítica literaria, casi todos son de incidencia política. En realidad, la cosa pública es lo predominante no sólo en la biografía, sino también en los escritos de Serrano Súñer. Sobre ella hay que centrar los focos.

Primero. Notas autobiográficas. "Nunca he rehuido la verdad ni esquivado mis responsabilidades, pero tampoco he soportado con paciencia ser un personaje inventado por la fantasía de unos, el rencor de otros o la complacida comodidad de no pocos." Considera como "dificiles de olvidar" los días del traslado de los restos de José Antonio desde Alicante a El Escorial. Y en 1961 declara escribir "cuando ya en el declive de la vida hay pocas cosas que apasionen". Desde esta perspectiva alude a "nuestros errores", a las cosas en que "pusimos mucha fe y servimos con pureza de intención, que han mostrado luego su inutilidad". Pero se puede rectificar de distintas maneras: distingue "cuándo en un cambio de opiniones hay una limpia y honrada adhesión al proceso de la propia inteligencia, y cuándo se trata de una mera y cínica acomodación a nuevas situaciones y a nuevas ocasiones de provecho".

Segundo. Crítica de la democracia. Alude a "la esterilidad de nuestro parlamento", refiriéndose al período 1904-1916, e invita a los ingleses a pensar que "acaso el parlamentarismo no sea una panacea universal". En 1953 denuncia "el recrudecimiento de las supersticiones democráticas". Esto le lleva a condenar a los "liberales fanáticos e intolerantes", y a distinguir entre los hombres para quienes "la ideología, incluso la autoritaria, será siempre una propuesta a la inteligencia", y aquellos otros para quienes "la idea, incluso la liberal, será siempre un arma con que aporrear la cabeza del adversario". Reconoce que el sistema funciona en algunos países como, por ejemplo, los Estados Unidos, pero hace notar que el americano elige "entre dos equipos más bien que entre dos sistemas de juego" cuando es llamado a votar. Pero, por otro lado, "¡qué espectáculo de mala dictadura está dando con frecuencia la democracia de hoy!" Y citándose a las coordenadas nacionales, confiesa en 1957: "Salvo en los lejanos años de mi juventud universitaria, he tenido siempre serios reparos sobre la posibilidad de lanzar a España, sin más, a una experiencia democrática pura total o absoluta. Las experiencias pasadas fueron catastróficas".

Tercero. Las fórmulas autoritarias. Exalta la figura de Mussolini—"el más genial de los políticos de nuestro tiempo"—y la "grandeza real" de su obra. Define a Hitler como "el genio de la desmesura". En 1953 afirma: "Sin autoridad no hay libertad." Y en 1937 precisa: "Fuimos autoritarios, y durante un tiempo tuvimos razones de necesidad para serlo." En esta línea está un importante artículo, quizá el más sustancioso del volumen, titulado "Sobre la dictadura" y fechado en 1953. Allí escribe: "Yo no postulo la dictadura como fórmula política aconsejable, y menos como panacea"; pero cree que puede ser necesaria y fecunda, según "las condiciones de los hombres". Esta fe en el individuo superior le hace afirmar, frente al tópico con-



Ramón Serrano Súñer

trario, que "los grandes creadores políticos fueron casi siempre intelectuales".

Cuarto. Política exterior. Además de aportar algunos datos sobre su resistencia frente a las exigencias de Hitler, Serrano Súñer se encara con la coyuntura diplomática más reciente, y toma posiciones claras. "Nuestras convicciones y sentimientos europeos están con los patriotas franceses que quieren conservar la Argelia francesa." "Si Portugal se defiende, si defiende su gran obra transmarina de creador de pueblos, es porque tiene buena conciencia." Y frente a la oleada descolonizadora, levanta acta de que "se fustiga el racismo de los blancos mientras se atiza y legitima el racismo de los negros". Y tiene unas páginas de respeto a "los héroes de Dien Bien Fu". Su idea de Europa es más bien federalista. "No negaré que Hitler me parecía en el año 1940 el instrumento histórico de la construcción de un

Estado europeo", pero ahora cree que Europa "tiene que ser una obra concordada con el debido respecto a la diversidad". Rechaza la "Europa de las patrias", del General De Gaulle, y señala como meta la de "integrar pueblos". Insiste en que los voluntarios españoles de la División Azul iban animados por un "patriotismo europeo".

Quinto. España. Son palabras de 1949: "Creo firmemente que, con todos nuestros defectos, hay aquí acumuladas fuerzas espirituales más sanas y más grandes que en los otros pueblos de Europa." Cree que la clave del problema nacional es "la educación civil". Y en 1951 va casi tan lejos como Cánovas: "Para mí, ese interés o ese ideal de lo español estará siempre en primera línea, porque su defensa es deber y derecho sagrados e imprescriptibles."

Sexto. Varia. Caracteriza a Azorín como "poco o nada adicto al parlamentarismo" y como "regeneracionista" de signo conservador ("reaccionario" le llamaba Antonio Machado). Hay un artículo dedicado a la rebelión juvenil; es de 1968, uno de los últimos. Hay una cierta simpatía hacia los "contestatarios" y se condena la neutralización académica: "Convertir la Universidad en un campo de entrenamiento para una convivencia política, a la luz de la verdad, tiene positivo interés, aunque con ello se ocasionen algunos desórdenes superficiales."

No tengo ahora a la vista los artículos y discursos de Ramón Serrano Súñer anteriores a 1943, pero reconstruyo con bastante claridad su perfil de hombre público y de ideólogo en aquella época. Y lo cierto es que, a pesar de los anuncios de palinodia que a veces, con acentos un tanto patéticos, formula Serrano Súñer, encuentro una solidaridad fundamental y una genuina continuidad entre las actitudes de antaño y las de hoy. Y digo esto en honor del protagonista. Porque en lo esencial sigue fiel a sí mismo y porque las rectificaciones, exigidas por los hechos, afectan más a lo circunstancial que a lo trascendental, más a lo accidental que a lo sustantivo. Por lo menos, a la luz de los textos recogidos en este libro sería injusto incluir a Serrano Súñer como alguno lo ha hecho, dentro de ese denostado y para mí desventurado círculo de los "nuevos liberales". Mi impresión es más bien la contraria: la evolución que registran estos artículos es un "aggiornamento" del autoritarismo, una adaptación a la coyuntura de unas convicciones antiguas. Hay una flexibilidad que descarta el empecinamiento, pero hay una asunción del pasado y una vertebral coherencia que eliminan la socorrida y tentadora hipótesis del cambio de campo.

Coincidiendo con la interpretación que Serrano Súñer hace de la democracia y del autoritarismo. Pero a las razones que él aduce añadiré una que estimo absolutamente primaria: en mi opinión, la bondad o la maldad de un Estado no se mide por el procedimiento o manera de cumplir sus fines (forma de gobierno), sino por el efectivo cumplimiento de los mismos (establecimiento de un orden justo y consecución de un razonable desarrollo). Mi indiferentismo constitucional es, pues, teóricamente completo. No creo en la perfección absoluta de ningún tipo de régimen. Valoro las formas políticas por sus resultados reales. Esta es la definitiva causa de que el Estado del 18 de julio me parezca bueno. Por el mismo motivo estimo muy aceptables la Monarquía victoriana y el presidencialismo estadounidense, con ser tan distintas unas constituciones de otras.

En cambio, difícilmente seguiría a nuestro autor en sus posiciones diplomáticas

(Pasa a la pág. 6 de Mirador.)

«ENSAYOS AL VIENTO»

referidas a la actualidad. Tampoco en su patriotismo maximalista, que, sin embargo, respeto muchísimo. Pienso que con la patria sólo se debe estar con razón. Y, en fin, soy rotundamente partidario de la despolitización de la enseñanza superior. Creo que el lugar natural de la cosa pública es el ágora y no las aulas. La actividad política de los jóvenes que, naturalmente, reputo perfectamente lícita, debe desenvolverse fuera de la Universidad. Demos al César lo que es del César y a Minerva lo que es de Minerva.

Aunque Serrano Súñer es fundamentalmente un político, y sólo marginalmente un escritor, su prosa es algo más que un simple vehículo. Hay en ella una constante intencionalidad estética. Es más un síntoma de refinamiento del protagonista que una prueba de profesionalidad literaria. Ramón Serrano Súñer vela también por la forma. Esta es una constante de su biografía, que tiene, como es lógico, resonancias estilísticas. Cuida su sintaxis como cuida su gesto. Es noble esto de que un hombre de Estado rinda culto no sólo al "bonum", que es lo propiamente suyo, sino también al rigor y a la belleza. Ramón Serrano Súñer, que cita más de una vez el noble ejemplo de César, apunta hacia la difícil diana del político intelectual.

Gonzalo FERNANDEZ DE LA MORA